

RESURREXIT

por MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

Tres textos para el teatro escribió María Eugenia Vaz Ferreira: La piedra filosofal, Los peregrinos y Resurrexit, estrenados en el Teatro Solís, de Montevideo, con fechas 1/IX/1908, 25/X/1909 y 2/VIII/1913, respectivamente. Los tres han permanecido inéditos, aunque en oportunidad de su estreno los tres merecieron elogiosos juicios por parte de la crítica teatral. El que a continuación se publica es un poema lírico que fue estrenado con música de César Cortinas. En su edición del día lunes 4 de agosto de 1913, La Razón, de Montevideo, publicó una extensa crónica, escrita por Eduardo Ferreira, que firmaba Teógenes, y que se iniciaba así: "María Eugenia Vaz Ferreira y César Cortinas han dado a nuestro teatro lírico —si es que podemos, sin caer en el ridículo, alimentar tal pretensión— una obra de indiscutible belleza: la estrenada en la noche del sábado en el Solís con motivo del festival organizado con fines caritativos." Y tras de hacer el elogio del texto literario, agregaba: "El comentario musical que Cortinas ha puesto a esta magnífica página, digna de quien tantas ha producido para mayor brillo de las letras nacionales, es sencillamente soberbio", y, finalmente señalaba la perfecta adecuación de música y texto literario expresando que "la palabra alada del poeta encuentra resonancia perfecta en el músico, que a la onda majestuosa de la inspiración de aquella opone la línea melódica de una inspiración también amplia y elegantemente moderna. Escultural el verso y escultural la música, se confunden en ciertos momentos tan íntimamente que parecen frutos de un solo cerebro y aspiración de una sola alma."

Estas transcripciones no son inútiles. Ellas ponen en evidencia no sólo el éxito obtenido por el poema lírico en el momento de su estreno, sino, también, y es lo más importante, que el mismo, compuesto expresamente para ser musicalmente comentado, no puede ser juzgado adecuadamente si no es en su condición de unidad poético-musical. El texto poético por sí solo no es, sin embargo, una mera curiosidad, ya que al relacionarlo con la obra lírica de María Eugenia Vaz Ferreira ayuda al estudio de la misma. Especialmente porque corrobora que el amor —tema de este poema lírico— es uno de los temas fundamentales de la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira —y cuantitativamente el más frecuente— a pesar de que la crítica no siempre haya sabido verlo. Y con respecto al tema, interesa anotar que en este texto, escrito en la madurez de la poetisa, hay un tono de exaltación y esperanza con respecto al amor que no es el más habitual en sus poemas. Como fácilmente percibirá el lector, desde el punto de vista dramático el texto se sostiene sobre un elemento anecdótico muy tenue y los personajes son notoriamente convencionales. Uno y otros son apenas apoyaturas destinadas a dinamizar los contenidos líricos, que en sus mejores momentos están en los largos parlamentos de Valentín. La expresión es muy clara, como corresponde a un texto dedicado a ser recibido, antes que nada, por auditores y no por lectores. No falta un ligero satinado humorístico que confiere gracia a la pieza. En cuanto al original utilizado para esta publicación proviene de la donación del poeta Carlos Sabat Ercasty y parece ser una copia que actuó en poder del profesor y ensayista José Pereira Rodríguez y efectuada un año, aproximadamente, después del estreno, ya que figura fechada en 1914. En el ángulo superior izquierdo de la carilla inicial, aparece, manuscrita con letra identificable como del citado ensayista, lo siguiente: "Con cordial afecto / Pereira."

Arturo Sergio Visca

VALENTIN. — (Joven que va de caza)

ALBA. — (Joven Castellana que va también de caza, a su manera)
(Música) La escena representa un bosque; en el medio desde el frente hacia el fondo, un camino bordeado de plantas y árboles; a los lados espesura, etc.

VALENTIN. — Oh!... Niña, buenas tardes!... Qué os sucede?...

Qué os pasa?

No os han tratado bien tal vez en vuestra casa?

Os clavásteis quizá la espina de una flor?

Tenéis mucho dolor?

Prestadme vuestra mano,

Prestadme, es muy sencillo...

O es que vivís acaso en un sitio lejano

Y os habéis extraviado? Yo os conduzco al castillo...!

Es que os habéis dormido? Despertad! Es muy tarde

Mirad... Apenas arde

Ya el sol en la floresta;

Creo que hacéis muy mal en quedaros a esta

Hora tan sola aquí; después si se hace oscura

Y os sorprende la noche; qué haréis en la espesura?

No podréis encontrar en la noche sombría

El camino... no veis, y perderéis la vía...

No os importa quedaros tan sola en las praderas?

No sabéis que hasta aquí suelen llegar las fieras

De los montes lejanos, que salen a esta hora

Y se pasean por estas vegas desiertas

Con los ojos terribles y las bocas abiertas?

Me parece que ahora.

Oigo gritar el lobo. Uh!... Uh!... Vuestros parientes

Están impacientes

Pensando en que ya pasa

La tarde y no llegáis... Creo que en vuestra casa

Se habrán echado todos

A correr tras de vos, buscándoos de mil modos.

Vuestra aya afligida os llama en los jardines,

Os buscan cortesanos por todos los confines,

Vuestros padres y hermanos se quejan sin consuelo

Y en su sillón de cuero a vuestro pobre abuelo

Se le caen las lágrimas a mares... Pobrecito!

Nada, nada os conmueve?... Por el amor de Dios!

Decidme lo que os pasa... No queréis?

ALBA. — Fuisteis vos

Quién mató al pajarito?

V. — Ah! ... Con que era por eso que os afligiais tanto!

Era por esa sola causa vuestro quebranto?

Ja... Ja... Ja... En sufrir veo que tenéis prisa

A. — Pero qué malo sois! Mi pena os causa risa...

V. — Malo yo? Malo es él, que al sentirse arrullado

Tiernamente por unos dedos tan peregrinos

Para vos no ha lanzado

Sus más dulces cadencias y sus más dulces trinos...
Preciso es confesar que...

A. — Sois extravagante.

V. — Yo? Por qué?

A. — Le matasteis y ahora queréis que cante.

Tenéis una manera

De pensar muy extraña...

V. — Es porque si yo fuera

Esa insensible ave

Al sentir la caricia de vuestra mano suave

Aunque estuviese muerto

Me pondría a cantar!

Queréis saber si es cierto?

Yo me voy a matar

Y vos me acariciáis a ver si resucito...

A. — Qué hacéis?

V. — Mil gracias.

A. — Ay! Se cayó el pajarito!

V. — Vais a llorar de nuevo? Es por él o por mí?

A. — Ya tiene los ojitos cerrados.

V. — A ver

A. — Veis!

V. — Y bueno! Qué queréis

Si la vida es así!

Unos se mueren para

Que nazcan otros; nunca habéis visto en la clara

Alborada, apagarse entre el suave arrebol

Mil estrellitas bellas?

Pues, al nacer el sol,

Murieron las estrellas.

Alguna vez no visteis la oruga, lentamente

Extinguirse en la rosa

Y salir de repente

Volando por los aires la alegre mariposa?

No habéis visto después que las ramas lozanas

Soltaron los marchitos pétalos, de collares?

Pender las rojas guindas y las verdes manzanas?

No visteis bajo el alba morir sombras oscuras

Y con sus rubios cálices resplandecer las flores

Que abrieron sus corolas sobre las sepulturas?

La vida es por ahora una gran confusión

De eterna trashumancia y de resurrección;

Se transfunde y completa todo en el Universo...

La fastuosa alegría con el dolor adverso;

la vida con la muerte; la duda y la esperanza;

El principio y el fin, todo está confundido...

El alba y el ocaso...

A. — Vos decís que la vida es resurrección, mudanza.

Se murió el pajarito, pero quién ha nacido?

V. — Y no lo veis acaso?

El soplo que escapóse cuando el ave murió

Adentro de mi pecho lo he recogido yo...

A. — Pero vos no cantáis... Vos no sabéis cantar.

V. — O es que vos todavía

No sabéis escuchar...

Sin embargo, que inmensa, que dulce melodía,
misteriosa y alada

Siento cantar en mí!

A. — Yo no oigo cantar nada...

V. — Acercaos un poquito

A mí, desde más cerca tal vez escucharéis

La canción... No os queréis

Acercar?

A. — Oh! Me hicisteis dejar el pajarito!...

V. — No la escucháis en mí: no la escucháis en todo;

Emocionante, clara,

Arrulladora, a modo

De un himno vencedor que todo lo abarcara?

Lo saben los alados murmullos de la noche,

lo gorjean las aves en su dulce reclamo,

lo exhala de las flores el perfumado broche...

A. — Voy a ver si lo escucho...

(Música)

Todas dicen: "te amo!"

Ay, qué bella canción

Por qué todos la saben?

V. — Porque es la inspiración

Que se enciende al impulso del germen más profundo,

Haciendo palpitante el corazón del mundo.

Porque es la sinfonía

Divina y musical

Que lleva en su armonía

Todas las resonancias del eco universal...

Y al compás de los ritmos que su elocuencia encierra

Vibran todas las cosas;

Se ablanda conmovido el seno de la tierra,

Las ondas del silencio se vuelven melodiosas,

Murmura epitalamios el oleaje sonoro,

Las noches se iluminan con ráfagas de oro,

Espuman sus cadencias las lípidas cascadas,

Las frondas se perfuman, el aire se colora,

Las selvas reflorece y las almas cerradas

Abren como las rosas al beso de la aurora!

A. — Y quién hizo ese canto

Con palabras tan lindas! Me gustó tanto, tanto!

V. — El más grande poeta cuyo numen enciende

La luminosa llama que nos dora a los dos;

El único que todo lo sabe y lo comprende,

Padre de la belleza y de las almas: Dios!

A. — Dios también es poeta?

V. — Es el más admirable

Poeta, vencedor de un estro insuperable.
El inventó la estrofa de ritmos sobrehumanos
Que gimen en su queja los vastos océanos
El lánguido poema de plañideras rimas
Con que lloran las fuentes y el vaivén de las cimas,
Las raudas vibraciones de trágicos acentos
Que en su carrera silba la racha de los vientos;
El que enseñó a la alondra su alegre serenata,
Y al cisne sus romances en el lago de plata,
Sus trovas a los pájaros en la alborada rubia,
Al trueno su epopeya, sus salmos a la lluvia
Y a los nocturnos cielos radiantes inscripciones
Impresas con el fuego de las constelaciones;
Dios, el más inmortal
Sumo y maravilloso creador de poesía,
Voces, palabras, frases y versos sin igual
Que labra su potente y sacra fantasía...

A. — Cómo se hacen los versos?

V. — Cómo? Con consonantes.

A. — Y qué son consonantes?

V. — Dos cosas semejantes

Que una cerca de otra el poeta coloca:
Vuestros ojos, veis? Son dos versos soberanos!

A. — Entonces mis dos manos... También... pero mi boca
No tiene! Dios, tan bueno, porqué no lo pondría?

V. — Quién dice que no tiene?

A. — Y donde está?

V. — La mía...

A. — Ah! Pero está muy lejos: vos habéis explicado

Que se pone al lado...

V. — Yo la puedo acercar, si queréis, un poquito...

A. — Ay! Me hacéis olvidar del pobre pajarito!

V. — Ya! Para que del muerto no os volváis a acordar

Voy a abrir una tumba y lo voy a enterrar

A. — Bueno, bueno! Enterrémoslo.

V. — Adónde?

A. — Dónde?

V. — Aquí...

Será bastante así?

A. — No, cavadla más hondo para que quepa bien!

V. — El cuerpo de los muertos es tan poco exigente...

A. — Para el alma también...

V. — Las almas no se entierran, afortunadamente.

Si el alma se enterrara, debieran ser las fosas
De tamaños distintos y formas caprichosas.

Las hay que no cabrían

En sepultura humana, por lo grandes, o estrechas.

Otras se escaparían

Sedientas de infinito...

A. — Decid, de qué son hechas las almas?

V. — Qué?

A. — Son hechas de qué?
V. — Cómo decís?
A. — Las almas... (pausa)
V. — Me queréis prestar el pajarito?
A. — Y de qué color son?
V. — De diverso matiz...
A. — Diferentes?
V. — Sí; algunas

Tienen de los crepúsculos la azul melancolía;
Las hay tornasoladas, pálidas como lunas,
Cambiantes, o que tienen la claridad del día...

A. — La vuestra cómo es?
V. — Nunca me la he mirado, vos la veréis después.
A. — Cómo se ven las almas?
V. — Abriéndolas con llave
A. — Y quién tiene la llave de la vuestra?
V. — Quién sabe.

Tal vez la tengáis vos

A. — Yo?
V. — Sí.
A. — Dónde?
V. — En la mano

O a los ojos suspensa...

A veces se la busca por largo tiempo en vano
Y luego se la encuentra donde menos se piensa...

Bueno; ya está enterrado el protegido vuestro.

Si queréis por su gracia, rezad un Padre Nuestro.

A. — Por su gracia? No creo que nunca haya pecado.

Qué pecados podría tener, si era tan bueno!

V. — Si se hubo refugiado

En algún nido ajeno

Cansado de volar, o cuando tuvo frío...;

Si bebió con exceso las gotas del rocío,

Si alguna vez pecó...

A. — Ninguno se parece a los que tengo yo...

V. — Y vos pecáis? En qué?

Sentaos y contadme; vos pecáis?

A. — Yo no sé...

A veces creo que sí; cuando mi tío el abate
Nos empieza a explicar la historia de algún santo,

Nunca, nunca concluye!... Y yo me aburro tanto...

Otras veces, en cambio, el corazón me late

Cuando leo, a escondidas, de tarde en el jardín...

Qué lindos son los cuentos cuando se acerca el fin!

No es que yo los prefiera a la Virgen María,

La quiero mucho, y rezo varias veces al día,

Pero también me gusta

Leer libros de hadas, cuentos de trovadores...

A veces viene el aya

De repente y me asusta,

Pero yo cierro el libro, lo escondo entre las flores,

Y me hago la dormida hasta que ella se vaya.
También, cuando me voy
A pasear por las frondas
A orillas del arroyo, y más atenta estoy
Escuchando en silencio las cosas que las ondas
Me dicen al pasar,
“Tan, tan, tan, tan”!... Empiezan a tocar las campanas
Y tengo, a mi pesar,
Que volverme al castillo... aunque no tenga ganas...

V. — Y qué os dicen las ondas?

A. — Es... algo parecido

A aquello que las rosas dijeron a mi oído
Pero yo no lo puedo explicar...

V. — Si queréis

Os puedo yo decir el nombre: es... es...

A. — No veis?

(Toque del Angelus, música y coro)

Es tiempo de que vuelva
A mi casa, es muy tarde... mirad se va la luz...

V. — Os vais? Pronto la luna alumbrará la selva.

Esperad un momento, pongámosle una cruz.

A. — Sí! Con ramas de mirto...

V. — Y cabos de azucenas...

La queréis grande o chica?

A. — Grande como mi pena!

Yo la adorno con esta rosa de mis cabellos.

V. — No, ya que estuvo en ellos

La quiero para mí...

A. — Y qué dirá mi abuelo si sabe que os la dí?

Haré mal?... Haré bien?...

V. — Eso es cuestión de prisma.

A. — Ah! Yo me pongo otra y creerán que es la misma!

V. — Bien; si me permitís, os voy a acompañar...

A. — Mi castillo está lejos, eh?... No os vais a cansar?

V. — Os acompaño hasta el más arduo confín!

A. — Y quién diré que sois?

V. — Un nuevo paladín

Vuestro...

A. — Qué hacéis?... Qué hacéis?...

V. — Cazo en el aire el beso que vuestro labio entrega...

A. — Para qué lo queréis?

V. — Para...

A. — Phsss! Con eso no se juega!

Dadme, dadme mi libro y vámonos, ya es hora.

V. — No os apuréis; no os place estar al lado mío?

A. — Sí; pero no decíais que mi abuelito llora?

V. — El ha reído mucho y yo recién sonrío...

A. — No estaban estos sitios erizados de fieras,

De terribles leones y horrorosas panteras?
No decíais ha poco que se afligian tanto
El aya y mis hermanos esperando por mí?
A vos os da placer lo que a ellos causa llanto...

V. — Y bueno, qué queréis?... Si la vida es así...

(Durante estas últimas palabras se marchan lentamente hacia lejos. Sus siluetas se pierden entre los árboles. La luna cae en campo blanco sobre la cruz. Un pobre leñador que pasa entona una canción (maravillosamente bella) mientras recoge las ramas secas del camino).

TELON

Montevideo, 1914.